

Tres dias duramos así sin gozar de mas espectáculo que la vista de un cielo azul hermosísimo; sufriamos calores terribles que iban aumentando progresivamente á medida que nos acercábamos á la costa de Africa. Al amanecer del cuarto dia se presentó una línea larga de arena amarilla, que apénas se distinguia sobre el nivel del mar : á lo léjos se veían de trecho en trecho algunas palmas, y camellos andando paso entre paso por la orilla. Eran ya las costas de esa ciudad histórica, era esa tierra poética que jamás en mi vida soñé visitar. El corazon me palpitaba, una vaga impresion de melancolía y gusto á la vez se apoderó de mí al pensar que dentro de breves horas iba á pisar tan interesante suelo.

CAPITULO X

Llegada á Egipto. — Vista de Alejandria. — Columna de Diocleciano. — Un enjambre de árabes me recibe mal. — La isla de Pharos. — Las Agujas de Cleopatra. — El Trimonium. — La columna de Pompeyo. — Comercio de Alejandria. — Mejoras de Mehemet-Ali. — Ferro-carril. — De Alejandria á Atfieh. — Navegacion. — El Nilo. — Sais y Naucratis. — Las pirámides vistas de léjos.

Alejandria, vista de léjos, si no fuera porque está llena de recuerdos históricos que impresionan la imaginacion del viagero, no tiene un aspecto muy diferente de las demás poblaciones del Mediterráneo. Los puntos que primero se descubren son el : Faro, el palacio del bajá, multitud de molinos de viento, y por encima de todo esto, la columna de Diocleciano se levanta magestuosa.

Después de tomar un práctico, entramos por el estrecho puerto, y á los pocos minutos habia fondeado el buque. No tardó en llenarse de gentes vestidas de cuantas maneras se conocen, y sobre todo de árabes y empleados del gobierno egipcio. Yo saqué inmediatamente mi equipage, tomé un bote, y me marché á tierra. ¡Pero qué escena tan rara la que se me presentó al desembarcar! Una turba de árabes que parecian un enjambre de avispas, con sus borriquitos cogidos de la rienda, me cayó encima; cada uno queria que yo montara su cuadrúpedo; uno me cogia por el faldon de la levita, otro jalaba por una pierna, otro me levantaba por la cintura en peso; en fin, tuve que sostener un ataque de lo mas brusco, y casi con riesgo de caer al agua. Por fortuna llevaba un baston y empecé á repartir garrotazos á todos lados; pero estos demonios parece que tienen la cabeza de bronce, y hacian el mismo caso que si los tocara con una pluma. En medio de la cólera que me dominaba, algunas veces no podia contener la risa al contemplar el cuadro y la escena de que yo era víctima. Anduve algunos pasos en medio del acompañamiento arábico-asnal, hasta que viéndome acosado, aburrido, verdaderamente sitiado por todas partes, no me quedó mas partido que echarle la pierna encima al primer borriquillo que tenia delante, y romper por entre la ralea al trote mas desaforado. Así atravesé á la carrera las calles principales, con el dueño del vehículo prendido al rabo, hasta que llegué al hotel de M. Ray. Al momento pedí un cuarto, y libre ya sin contusion ninguna despues de la descomunal batalla, me aligeré un tanto, me tendí sobre un divan, y me entregué por unos instantes á

repasar en la imaginacion algunos recuerdos históricos sobre la ciudad en que me hallaba.

Alejandro fué la ciudad principal que fundó aquel guerrero tan célebre de los tiempos antiguos, y que edificó mas aun que destruyó. Su plan, la idea que tuvo en la mente al principio, fué la de revivir las pasadas glorias de Tiro, una de las ciudades que habia arruinado. Alejandro mismo en persona trazó, con su arquitecto Dinocrátés, el plan de la nueva ciudad; pues era hombre que no se contentaba con solo concebir, sino con reducir todo á la práctica. El arquitecto que dirigió los trabajos fué Dinarchus, que tomando los mas bellos modelos, construyó casas, palacios, y todas esas inmensas plazas que se llenaron despues de templos, obeliscos y demás maravillas que hoy llenan de admiracion á todo el mundo.

Los primeros pobladores vinieron de Occidente, y eran en su mayor parte un compuesto de diversas razas de lo mas heterogéneo: egipcios, llenos de hábitos y costumbres antiguos, que no se parecian en nada á los demás pueblos del mundo; — judíos, con sus hábitos de degradacion proveniente de la continua dependencia, pero que no por esto dejaban de considerarse como las únicas criaturas de Dios; — macedonios, cuya pasion favorita estribaba en el orgullo militar; — griegos, que despreciaban al resto de la humanidad; — en fin asiáticos prófugos, la escoria de otras conquistas.

Apénas descansé un poco, me vestí, y acompañado de un árabe muy amable, salí á dar un paseo. A los pocos pasos entramos en la parte antigua de la ciudad, viendo á derecha é izquierda hermosas quintas con jardines; palmas aquí y allá levantando sus elevadas

copas entre las ruinas y vestigios de los tiempos ; alamedas espaciosas, etc. El que quiera formarse una idea exacta de la posicion relativa que ocupan la antigua y nueva ciudad debe subir al Fort Cretin, que se halla cerca de la plaza. La vista que se tiene desde allí es soberbia : el Mediterráneo al frente extiende sus inmensas olas, se ve el puerto, el lago Mareotis, y la superficie toda de la espléndida y populosa Alejandria. Poco se necesita forzar la imaginacion para remontarse á la oscuridad de los tiempos, y figurarse los grandes hechos de que ha sido teatro esta ciudad. Tal le parece á uno que los está contemplando, que acaban de pasar.

La isla de Pharos se ha destinado hace tiempo para servir de abrigo á los buques, y antiguamente existia en ella un pueblecillo conocido bajo el nombre de Rhacotis; pero, como ya dejo dicho, fué á Alejandro Magno á quien primero ocurrió la idea de sacar partido del sitio para fundar un grande emporio comercial. La isla se extiende desde la punta, donde se ha colocado el nuevo faro, hasta el castillo, sitio del célebre Pharos, construido por el arquitecto Sostratos de Cnidus, por órden de Ptolomeo Philadelfo, y considerado siempre como una de las maravillas del mundo. El lugar donde estaba ántes el templo de César se conoce por dos obeliscos que allí se levantan llamados « las Agujas de Cleopatra, » y un poco mas arriba, junto á la punta de Lochias, existia el *Trimonium*, cuyo nombre le viene de Antonio y que fué construido despues de la batalla de Actium. Como se debe inferir, toda esta parte era la principal de Alejandria, por lo ménos la que mas abunda en recuerdos históricos.

De la multitud de monumentos que han adornado la ciudad, lo único que hoy existe en pié es una de « las Agujas de Cleopatra, » y la columna de Pompeyo. También se encuentra aun el famoso obelisco, mas antiguo que la fundacion de la ciudad : dicese que se trajo de Heliópolis, el sitio de donde les venia la sabiduría á los egipcios ; tiene el nombre de Thotmes III, y se halla rodeado de escombros.

Lo que mas me llamó la atencion fué la columna de Pompeyo por su sencillez y figura. Se halla situada sobre una colina enfrente al lago Mareotis y la ciudad moderna : es de un solo pedazo de granito rojo, tiene de alto 70 piés y descansa sobre una base de 25 piés de elevacion, por consiguiente la altura total es de 95 piés. Varias dudas y conjeturas se han presentado respecto al origen y objeto de esta noble columna ; pero, como con todos los monumentos de su clase, todo se vuelve vaguedades, meras suposiciones, sin que haya podido hasta ahora ningun anticuario ni historiador dar con el verdadero fin para que han sido erigidos. La version mas valida respecto á la columna de Pompeyo, expresa que durante el reinado de Amer, el conquistador de Egipto, pertenecia y hacia parte de un magnífico edificio donde estaba la famosa librería que mandó quemar el califa Omar ; tambien se dice que estaba rodeada por mas de cuatrocientas columnas, las cuales fueron arrojadas despues al mar. A juzgar por la inscripcion que tiene, parece que la mandó erigir Publio, prefecto de Egipto, en honor del emperador Diocleciano.

Fuera de estas aisladas reliquias, no se encuentra otra cosa digna de conmemorar algun hecho grande, ó

que marque algun sitio notable. Es muy natural que á medida que la ciudad se vaya aumentando, con las excavaciones que se hagan, se descubran algunas antigüedades mas. Ya se ha presentado el caso de sacar varias preciosidades y objetos de valor. Las catacumbas al oeste de la ciudad indican la grande extension que debió tener antiguamente; el único monumento particular que se ve en ellas es una profunda excavacion con una fachada griega, de un gusto sumo y de una pureza de estilo admirable.

El comercio de Alejandria, un tiempo muy floreciente, poco á poco fué decayendo, hasta que Mehemet-Ali, con una energía extraordinaria, le ha dado últimamente un grande impulso, así como á todos los ramos de la administracion. Bajo su gobierno se han llevado á cabo las mejoras materiales mas importantes: se ha abierto el canal, se ha establecido ferro-carriles á la Rosetta, y la navegacion por vapor en el poético Nilo. Con estas mejoras no podrá ménos que tomar incremento el comercio con la Arabia y las Indias por los puertos del mar Rojo, y facilitarse mucho la comunicacion entre el Oriente y Occidente.

Cuando concluí mi excursion me dirigí á la administracion del Tránsito á sacar mi billete para el camino de hierro que me habia de conducir hasta *Atfeh*, donde debia tomar el vapor y seguir por el Nilo hasta el Cairo. La oficina es hermosísima, y todos eran por supuesto empleados del gobierno egipcio. En un momento se condujeron á los carros los inmensos caudales que van para todos puntos de la India, y que venian desde el muelle en camellos; una vez terminada esta operacion nos pusimos

en marcha. Una de las cosas que sorprenden es el lujo que se ostenta en los carros que acababan de llegar de las mejores fábricas de Birmingham, y no ceden en nada á los carruages de primera de Inglaterra; pues son iguales en un todo. Tres horas gastamos en llegar al puerto, sin ver, en este trecho de ochenta millas, mas que llanuras cubiertas de camellos, y de una especie de toros muy parecidos á los búfalos.

Atfieh es un pueblecillo árabe de mala muerte, y, como todos ellos, no es otra cosa sino una aglomeracion de *ranchos* ó sean chozas de tierra, que parecen hornos, ó grandes colmenas de abejas; pues no tienen mas que un agujero que forma la puerta de la entrada.

No bien hubimos llegado, cuando todos los pasajeros empezaron á correr, y precipitarse al vapor, como si ya no tuvieran tiempo para alcanzarlo. Era que cada uno queria apoderarse de un cuarto ó sea cama donde pasar la noche, y como eramos muchos, temian quedarse algunos sin esta comodidad si no se apresuraban á tomar posesion. Yo fuí muy despacio, pues poco me importaba no dormir una noche. ¿Cómo iba yo á conciliar el sueño, y á cerrar los ojos ante la vista que tenia á los lados? Deseaba ir al vapor, pero era para ponerme cuanto ántes á observar el lindo y nuevo panorama que se presentaba; para contemplar las aguas del misterioso, antiguo y sagrado Nilo. Efectivamente, cuando entré en el vapor ya todos se habian apoderado de los camarotes, y yo con mucha calma, con mi saco de noche en la mano, el cual pensaba convertir en almohada si acaso me cansaba, me dirigí hácia el timon, y allí me instalé en un

banquito, con el mayor gusto. Mi primer impulso fué alargar las manos, pues el buque es muy bajo y lo permite, hundirlas en el seno del río, y beber en ellas del agua del Nilo. Estaba como trasportado, revestido de la mayor fé, cumplí este acto de un modo tan fervoroso, como si estuviera llenando un deber religioso. Despues me bañé la cara como un niño; queria empapar en estas preciosas aguas todo el cuerpo, así como estaba empapada toda mi alma de poesía, de religion, de los sentimientos mas elevados! Estaba realizando un ensueño; uno de los accidentes de la vida del hombre que jamás me imaginé hubiera tenido lugar en mí; estaba conmovido al verme sobre el célebre *Oceanus* de los antiguos. ¿Quién me hubiera dicho, á mí pobre habitante de las pampas americanas, que habia de hallarme un dia sobre las mismas aguas donde fué abandonado Moises, el tierno niño de las Escrituras, cuando allá sobre las márgenes del caudaloso Hudson, en los escaños del colegio, señalaba sobre el mapa de Egipto la línea negra del viejo Nilo? ¿Quién me hubiera augurado que á los pocos años la barquilla de mi existencia vendria á surcar por sus imponentes aguas? Tales son las vicisitudes de la humana vida; el hombre es una hoja impelida de un extremo á otro del mundo por el viento de las circunstancias.

Toda la noche me la pasé sentado en mi puesto desesperado por no poder distinguir nada en las orillas con motivo de la oscuridad que reinaba. Como á las once de la noche se sirvió en el salon una gran cena, y yo aunque fuí llamado no me acordé de bajar. Las emocio-

nes que sintiera me habian servido completamente de alimento. El pan moral de los goces del espíritu y del corazon es la mas deliciosa de las sustancias, y cuando el alma está satisfecha, el cuerpo está contento y se somete á todo. Poco ántes de rayar la aurora me quedé en una especie de insomnio lo mas agradable; de cuando en cuando me despertaba al oir el canto particular de los *fellahs*, ó árabes que maniobraban; ó los sonidos dulces de la *darrabuka*, ó tambor egipcio, que se perdian á lo léjos en el fondo de los pueblecillos que íbamos dejando atrás; pero el suave murmullo que hacian las aguas al estampar sus huellas el bajel, y la fresca brisa de la mañana, bien pronto me sumergian otra vez en delicioso sueño. No tardé, sin embargo, en despertar al momento que empezaron á brillar los primeros rayos del sol, y púseme de pié á contemplar el espectáculo. El cielo, de un color celeste apagado, presentaba en el horizonte todos los caprichosos matices del prisma; la parte mas baja estaba toda rosada por una faja roja, casi como fuego y que iba disminuyendo hasta palidecer completamente: de distancia en distancia lo teñian unas ligeras fajitas doradas á manera de brillantes filetes, y allá en el fondo se veía una que otra sutil nubecilla cual precioso velo de gaza. El conjunto no podia ser ni mas caprichoso, ni mas bello. A las orillas se veían inmensos arenales; aldeas de trecho en trecho con peregrinos *minaretes*; mas allá un valle cubierto de verdes árboles contrastando con el amarillo de las arenas: diríase que la vida y la muerte se presentán para formar adrede el contraste. Acullá se divisa un *fellah* que conduce una

partida de camellos á darles de beber, mas adelante se encuentran varias *auras*, ó gallinas silvestres sobre alguna palma, ó *sicómoro*; de este lado, uno que otro caiman recibiendo el sol con mucha calma; del otro, algun molino, ó bien esas ruedas con que sacan el agua para regar las praderas y que llaman *sakias*. De vez en cuando nos encontrábamos con alguno de esos extraños botes que venian llenos de alegres pasajeros, y que nos saludaban con su acostumbrada frase : *¡Salam aleikoum!* (la bendicion de Dios esté con vosotros!); ó bien de este otro y semejante modo : *¡Aleikoum-el-salam!* (con vosotros esté el saludo ó la bendicion!). Todo, en fin, formaba un panorama de lo mas interesante.

Nadie diria que esas desiertas orillas han sido pobladas en ningun tiempo, y teatro de hechos tan notables en la historia antigua. Por todas partes se respira el aire de ruina y antigüedad; la atmósfera parece impregnada de cierta religiosidad que domina constantemente el espíritu. Si la suerte de un hombre que ha figurado en otro tiempo, que ha nadado en la opulencia, y que de repente se ve reducido por las desgracias á la miseria y al último escalon social, nos interesa siempre, ¿qué será cuando esta misma consideracion se extiende hácia los pueblos, á los pueblos primitivos de la tierra? Se persuade uno entónces de la suerte de la humanidad, de la pequeñez del hombre!

Estábamos pasando por cerca de los sitios de Naucratis y Sais, primeros establecimientos que fundaron antiguamente los griegos para su comercio, y quienes fueron, desde los tiempos mas remotos, los que tenian casi el exclusivo comercio egipcio con el Mediter-

ráneo. Vivian estos moradores bajo sus leyes propias, conservando sus costumbres, y lograron muchos privilegios de los reyes de Egipto. Los habitantes de Naucratis tenían el derecho de construir templos para observar su religion si querian; los cuales eran costeados por sus compatriotas de Grecia. Este pequeño Estado vino abajo durante el reinado de Amurmai Anemnib, y los gefes arrojados, expulsados de Egipto fueron los que llevaron á Grecia las semillas de las ciencias. Ellos fueron los que introdujeron la mitología, y reconocian de tal modo que en esta parte del Bajo Egipto se habia mecido la cuna de su civilizacion, que en lugar de considerar que un puñado de griegos habian sido los primeros moradores del Delta, tenían hasta la idea que la misma Atenas habia sido antiguamente una colonia de Sais. Cuatro generaciones se habian sucedido unas á otras ántes de la guerra troyana, ántes que Sais fuera el sitio del gobierno en lugar de Tebas, bajo el último de los reyes etiopes que conquistaron á Egipto. Y no fué sino allá cuando empezó á decaer, que los monarcos egipcios buscaron la proteccion de los griegos y demás mercenarios. Desde luego, los reyes de Sais pueden considerarse tan griegos como egipcios. Fué bajo su amparo que los sabios de Grecia venian á visitar el Egipto en pos de conocimientos y sabiduría. Cuéntanse en este número Thales que fué el primero; luego Solon que se presentó en Naucratis en calidad de comerciante, trayendo consigo el aceite de oliva que se producía en Atenas para trocarlo por trigo de Egipto, ó por las ricas telas de la India. Despues que vendia sus cargamentos se iba á visitar á Sais, y tenia sus largas conver-

saciones con los sacerdotes y religiosos egipcios, los cuales afectaban mirar á los griegos como á niños cuyo origen apenas databa de pocos años. No hay duda que Solon regresó á Atenas despues de haber cultivado sus talentos, desarrollado sus capacidades, y adquirido profundos conocimientos en todos los ramos. Tratábase á la sazón de fundar ó establecer en Atenas el principio democrático, y Solon fué desde luego su apóstol y sostenedor. Neith, la Minerva de los egipcios, se adoraba en Sais principalmente, donde tenia lugar la fiesta conocida bajo el nombre de las *Lamparas sagradas*. Pero basta de apuntes históricos, pasemos á bosquejar los sitios característicos del Nilo.

El rio en sí, por lo ménos en la época en que yo lo ví, no es muy ancho; será poco mas ó ménos de media milla la mayor distancia entre las playas. Desde el sitio llamado *Far Syene* y la parte de Nubia, sembrada de rocas, hasta el rico nivel del Delta, en todo este largo espacio, conserva siempre la misma anchura. En ambos lados se extiende un terreno de alguna fertilidad cubierto de una alfombra verde hasta la orilla y que se confunde con este desierto inmenso que parece no tener límites. El color del agua es negruzco, las corrientes bastante fuertes, y crecen extraordinariamente cuando sopla el *kham sin*. La parte que se halla cultivada está sembrada la mayor parte de palmas que es el hermoso árbol de Egipto; de *sicómoros* (*ficus sycomorus*) ó higuero de Pharaon: este árbol produce una madera que es la que usaban los antiguos egipcios para hacer las cajas donde guardaban sus momias; tiene multitud de hojas espesas, lustrosas y formando copes

que dan una sombra frondosa. Los pueblecitos que se hallan á las orillas son muy miserables y el solo aspecto infunde melancolia; sus habitantes son infelices entregados á todas las plagas de Egipto. Los hombres andan casi desnudos, y se parecen mucho en la figura á los *bogas* de algunos rios del continente sud-americano. La muger, hermosa por algun tiempo, no tarda en perder su lozanía y frescura á los pocos años, tostada su piel por los ardientes rayos del sol, desmejoradas sus facciones por las fuertes faenas á que se entrega, inspira compasion. Al pasar una embarcacion alcancé á divisar, reclinada sobre una silla de terciopelo, una armenia vestida toda de blanco, con el aire mas voluptuoso que es posible imaginar, y sencillamente adornada con una toca de forma caprichosa. Era una de las mugeres mas lindas que he visto en mi vida (y no he dejado de ver algunas); tenia una boca de coral, unos ojos negros rasgados con una expresion tal, una mirada tan arrobadora, tan lánguida, que califico de *sacrílega* en estos parages.

La tierra negra de Egipto necesita siempre en el verano que se riegue constantemente para mantenerla fértil. El método de riego que adoptan es sacando el agua del Nilo por medio de unas ruedas que sirven como bombas y que mueven los búfalos; luego echan el agua en una série de cañerías de donde la distribuyen por todas partes. Así logran tener anualmente tres cosechas: la una de trigo, la otra de añil, algodón, etc. despues del equinoccio; la tercera y última de maiz, en el rigor del verano. Por eso Amer, el célebre conquistador árabe, decia, al hablar de las estaciones y produc-

ciones del suelo egipcio, que unas veces se veía matizado por argentinas producciones, otras por un verde esmeralda, otras por doradas espigas.

El rio empieza á crecer allá por el mes de junio, y llega á su mayor caudal á fines de setiembre; las aguas tienen que contenerlas valiéndose de multitud de diques, y canales para dirigir la inundacion. Cuando el rio llega á su maximun de elevacion, dicen que presenta una vista muy curiosa, pues se extiende por los inmensos desiertos y parece un mar llevando la fertilidad y la riqueza. Los antiguos lo veneraban por su benéfica influencia sobre la vegetacion, y llegaron hasta llamarlo el *dios Nilo*, á quien representaban lleno de plantas acuáticas y de flores; emblemas de inundacion y fertilidad. Refiérese que en todas las ciudades que cubrian las márgenes se habian instituido sacerdotes, cuya mision especial era adorar esta deidad. Hasta ese punto llegaba la supersticion.

Los animales que se ven, como he dicho anteriormente, son el búfalo y el camello; inútil es hacer la descripcion de ellos pues són bien conocidos de todos. Tambien las playas se suelen llenar de *caimanes* que llaman mucho la atencion de los europeos, pero no por cierto á los que hemos visto los rios de América.

Muchas de las plantas que existian y se daban antiguamente, tales como el *papyrus*, que servia de papel á los egipcios, ya no se encuentran, habiendo desaparecido enteramente. De aquí han inferido algunos que tanto el *papyrus*, como otras plantas de Egipto, no eran indígenas de las orillas ó valles del bajo Nilo, sino traídas de Etiopia.

Y ya que entramos en indagaciones: ¿los mismos habitantes egipcios de dónde descienden? Algunos frenólogos, que han hecho un estudio particular de cráneos traídos de Egipto, opinan que proceden de origen *caucasico* y que hay dos tipos diferentes: uno llamado *pelásgico*, es decir al mas puro, y otro *egipcio*, que tiene alguna semejanza con el africano. En cuanto al origen asiático de la gran raza de primitivos moradores, no queda duda de él; pues todo tiende á confirmar esta opinion. La civilizacion siempre ha tomado una direccion creciente de norte á sur subiendo el valle del Nilo, y todos los mejores monumentos se encuentran en la parte baja de Egipto.

Serian las ocho de la mañana cuando de repente divisamos las imponentes pirámides. Apénas se veían las elevadas puntas hundidas entre un océano de luz que hacia aparecer claramente la forma. ¡Qué cosa tan hermosa! Yo creo que Colon no sintió mas placer al descubrir la América que el que yo experimenté al contemplar las parámides: no sabia como mirarlas, y con la imaginacion se me figuraba que eran de zafiro, y transparentes. Las palmas cubrian á manera de cortinas estas misteriosas centinelas del desierto.

Todos los pasajeros se embelesaron al momento, y hasta mi buen español, *il fondatore delle fortificazioni*, que recordarán mis lectores, se quedó con la boca abierta. Yo remedé las célebres palabras de Napoleon: Señor don Toribio, « del alto de esas pirámides cuarenta siglos lo contemplan!... » Mi buen compañero me contestó riendo: « ¡Ojalá que otros cuarenta continuasen contemplándome! » Un inglés habia entendido nuestras

chanzas, y no solo las encontró de mal gusto, sino que las consideró profanas, pues nos lanzó una mirada de indignacion acompañándola del indispensable *shocking!*

Despues que hubimos pasado la parte del Delta donde el brazo de la Damietta se une con el de la Rosetta, se nos presentó un puente hermosísimo y de una forma nueva enteramente; tenia mas de sesenta arcos, y nosotros debiamos pasar por debajo de uno de ellos; operacion que tal parecia imposible, pues apénas habria la anchura suficiente, y lo que es la altura, era inferior á la de la chimenea del vapor. Cuando ya estuvimos como á unos cien piés de distancia, de repente se abrió una especie de compuerta y pasamos materialmente raspando el puente.

Este puente está sobre la confluencia de las bocas Canópica y Pelusiaca, es una de las obras mas gigantescas de este siglo : émpezada por multitud de bajás; abandonada, vuelta á empezar, suspendida otra vez enteramente por Abbas-Bajá, y al fin llevada á cabo por el infatigable Mehemet-Ali : en un mes quedó terminado el puente, poniendo en obra mas de sesenta mil hombres.

El objeto de estos magníficos trabajos, conocidos bajo el nombre de la *barrage*, es el hacer subir el agua del Nilo por un sistema de compuertas, cerrando la que se encuentra en frente de cada arco, y logrando de este modo una inundacion artificial. Es incalculable las ventajas que esto traerá á la agricultura; pues pudiendo llevarse y distribuirse, por medio de canales, las aguas á cualquier punto que requiera el terreno, lo que llaman *cultura rica*, es decir el café, el tabaco, etc., podrá cosecharse abundantemente. Ya se echan de ver las nuevas riquezas que se obtendrian en esta favorecida tierra que

alimentó en otros tiempos al imperio romano, y que será el terreno mas fecundo del universo.

A los pocos minutos se presentaron á nuestra vista los fantásticos minaretes del Cairo, y á la sombra de palmas gigantescas se descubrían las mezquitas y nuevas factorías de Mehemet-Ali. Despues de pasar el caserío de Shoubra, que es una especie de barriada unida á la capital por una hermosa alameda cubierta de árboles á los lados, llegamos á Boulak, el puerto del Cairo. El muelle estaba poblado de árabes, de camellos y de los consabidos borriquitos. Desembarcamos en medio de esta turba, junto á las caprichosas barcas *Djerms* y de los botes de pasajeros llamados *Hangias*. Encontramos un grande omnibus que nos aguardaba, y que, segun la costumbre francesa, fué dejando á cada pasajero en el hotel que se deseaba. Yo me bajé en el Oriental (dirigido por M. Shepherd), la mejor posada de todo el Cairo.

CAPITULO XI

Apuntes históricos de Egipto. — El Cairo, su situacion y aspecto. — Bazares. — Mezquitas. — Tumbas de los sultanes mamelucos. — Rodas. — Heliópolis. — Lugar donde se refugió la Santa familia. — El Aljibe. — El jardin de Motaryeh. — El Esfinge. — Las pirámides. — Opiniones y conjeturas. — Un baño turco. — Vehículos. — El desierto. — Suez. — Vapor Bentick. — Mar Rojo.

Estamos ya en la gran ciudad del *Cairo*, en el pueblo de Saladino y de las Noches Arabes; á medida que se va viendo cada cosa se convence uno de que la realidad no

está léjos de las pinturas y fantásticas visiones de los escritores. El hotel parecia un palacio; el cuarto que se me dió estaba adornado con un lujo verdaderamente oriental; pocos espejos, nada de cortinas ni vidrieras; en su lugar se veían tapices árabes lo mas misterioso que se puede imaginar : en el centro un divan con muelles cojines forrados en cachemir de Persa. Allí me tendí por unos instantes sin oir mas ruido que el causado por algunas mugeres árabes que pasaban acompañando algun entierro por la calle, ó algun murmullo de los fellahs que rezaban en el balcon del minarete contiguo. Los sonidos, la atmósfera, todo me revelaba que me hallaba en un pueblo de costumbres enteramente nuevas para mí; todo contribuía á darme impresiones poéticas, á despertar en mí recuerdos de los primitivos tiempos. Por un momento creí que soñaba, que estaba viendo en algun teatro la representacion de algunos de esos caprichosos cuadros de las *Mil y una Noches*.

En mi concepto, la diferencia característica entre las costumbres de Occidente y las del Oriente consiste en la inmutabilidad, en el *statu quo* en que yace la naturaleza y forma de estas últimas desde los tiempos mas remotos. En casi todos los países del Occidente todo varia de fisonomía con los años : la civilizacion siempre progresiva hace tomar á todo, con los modernos adelantos, nuevas faces. No así en Oriente; el carácter especial de la civilizacion con sus aferradas costumbres, unido á ese espíritu de estabilidad inspirado por el Coran que no admite la difusion de las luces, no hace posible modificacion alguna; hay un tipo fijo é invariable que durará hasta que desaparezca esta raza del mapa del mundo.

En esto consiste que hoy dia el Cairo, con muy pocas diferencias, es por lo demás exactamente lo mismo que lo que fué al principio en sus costumbres, hábitos, maneras, etc.; y el viagero que lo visita hoy, bien puede vanagloriarse de haber arrojado una ojeada sobre aquellos tiempos en que el poder árabe llegó á su mayor auge y esplendor.

El Egipto fué conquistado por Amer, quien lo arrancó del poder de los emperadores bizantinos en 630 ántes de J. C.; y despues de apoderarse de la Babilonia romana, fundó, cerca del punto llamado *Fostat*, la vieja ciudad del Cairo á las márgenes del rio Nilo. Poco, ó ningun interés presenta la historia de esta provincia durante el tiempo que estuvo bajo la dominacion de los califas abasidos, hasta que Tooloon, gobernador de Egipto, se apoderó del país, mandó edificar mezquitas y palacios, y construyó, en una palabra, los edificios principales del Cairo. La dinastía de los Tooloones fué empero de corta duracion: Moez, jefe de los *fatimitas* que estableció una dinastía en las costas de Africa, despachó al punto á su gobernador Goher con la mira de invadir el Egipto; y no bien hubo logrado su empeño y coronado de suceso sus planes, fundó, en 923, la verdadera ciudad del Cairo tal como existe hoy dia, y mucho mas al oeste de las mezquitas y primeros caseríos de Tooloon. Desde entónces Moez estableció su residencia aquí, y á él se debe la mayor parte de las mejoras que se hicieron, y particularmente el haber fundado el famoso colegio de Azhar. Con el trascurso del tiempo, y mucho despues de los diversos gobernadores fatimitas que tuvo el Egipto, vinieron, en tiempo de las cruzadas, los parti-

darios de Saladino, el nombre verdaderamente célebre en los anales de la historia del Cairo.

Era Saladino, sobrino de Shirkook, quien despues de pedir á *Noor-e-Din*, del modo mas imperioso, que librara al Egipto de la dominacion fatimita, logró al fin que le ayudara en esta ardua empresa conquistando y apoderándose completamente del país. Poco tiempo despues ocurrió la muerte de Noor-e-Din, el califa abasido, y por consiguiente Saladino, quedó dueño del país y de Siria imponiéndole su duro yugo. Fué la carrera de este hombre, no obstante, de glorioso recuerdo, habiendo cooperado al fomento del Cairo por cuantos medios estuvieron á su alcance.

Melek-Adel, hermano de Saladino, y no ménos valiente guerrero, á quien Ricardo Corazon de Leon ofreció su hermana en casamiento, trató por cuantos medios pudo de ejercer su soberanía, pero vino la muerte y frustró todos sus planes. Dícese que lo que acabó con su vida fué la pena que le causará el triunfo de los cristianos, quienes á la sazón habian desembarcado en Egipto y habian inundado Damietta. Tomado este lugar, los cruzados avanzaron hasta el Cairo; pero la escasez de alimentos los obligó á capitular. Aun mas desgraciada fué la suerte que cupo á la sexta cruzada cuando Luis IX cayó prisionero. Parece que estaba escrito que el Cairo nunca fuera tomado por los cruzados. Al cabo de algunos años la dinastía ayubita tuvo por sucesora la de *baharita* *mamelucos*, raza de bravos y valientes guerreros, la mayor parte esclavos militares que se levantaron contra sus amos. Nada mas anómalo y extraño que la promulgacion de una constitucion por la cual

millares de habitantes de un país iban á estar condenados á gemir bajo la mas arbitraria férula y el yugo mas despótico ejercido por mercenarios y extranjeros esclavos. Los sultanes mas distinguidos de las dinastías baharita (tartara) y borgitea (circasiana), eran elegidos por las banderías de estas naciones; y los veinte y cuatro beys ó sean gefes militares, fueron reemplazados, no por sus hijos, á quienes parece debia tocarles de derecho, sino por sus sirvientes ó criados. Con pocas excepciones, durante todo el tiempo que dominaron estas dinastías, no imperó mas que el despotismo, la rapiña y el robo; pero su trono descansaba sobre los dos fuertes pilares de la disciplina y valor. Extendian su dominacion por todo el Egipto, Nubia, Arabia y Siria, y lograron montar un ejército de lo mas imponente por su número y admirable disciplina. Hoy dia, sin embargo, han pasado las glorias de esta dinastía como todo en este mundo, no dejando en pos mas que un nombre célebre en la historia y un gran número de tumbas.

Los sultanes *baharitas*, los *baybers* y *kalaoones* hicieron un papel muy importante en la historia de las cruzadas, habiéndose tomado el punto llamado Acre bajo el mando de uno de los hijos de estos últimos; hecho que tuvo por consecuencia el abandono total y completo de Siria por los cristianos.

La arquitectura de los sarracenos no por esto dejó de hacer en el ínterin grandes progresos, y aun puede decirse que fué la época de su apogeo; pues entónces se concluyó la bellísima mezquita del sultan Hasan, junto con las originales tumbas de los mamelucos de Circasia. A esta dinastía sucedió la *baharita* en 1382,

y el primer sultan se hizo notar desde el principio como hombre de pericia grande y sumo valor. Pero al fin vinieron tambien abajo, sellándose su caida con las victorias obtenidas por Selim, el sultan turco, sobre Ghoreek y Toman-Bey.

Y aquí hemos llegado al período en que concluye el interés histórico del Cairo; pues las intrigas que se pusieron despues en juego por sus nuevos sucesores no merecen señalarse, las cuales, por otra parte, quedaron extirpadas de raiz por Mehemet-Ali.

El Cairo está precisamente en el centro de Egipto, teniendo á Heliópolis á un lado, y á una distancia de ménos de dos leguas; al otro, al célebre sitio de Menfis á distancia de tres. La ciudad, construida principalmente sobre la planicie del Nilo, tiene la parte del este lindando con el monte Makattam perteneciente á la cordillera que separa el Egipto del Desierto y mar Rojo. Así es que tiene una situacion muy original : entrando por las puertas que dán al norte y oeste, de repente se encuentra la vegetacion mas prodigiosa del Delta; miéntras que las del sur y este lo conducen á uno á los campos mas áridos, á los desiertos y soledad.

Por lo que toca á la ciudad considerada en sí misma, es la mas árabe de todas cuantas existen; ninguna alteracion se ha hecho en la parte material de ella, y apenas se ha edificado uno que otro edificio por los turcos. Las calles son estrechísimas, no dando lugar á que pasen, por ejemplo, dos camellos cargados á la vez, y, con pocas excepciones, son mas bien callejones. Tiene multitud de mezquitas, y los minaretes levántanse brillantes á una altura tal, que parecen confundirse con las nubes. La

poblacion, en su mayor parte, es de árabes y coptos cristianos; pero las calles son un *caleidoscopio* completo : se ven árabes, judíos, turcos, europeos de todas partes y cada cual con el traje de su nacion.

Al cabo de un gran rato que dediqué á descansar exclusivamente, era preciso pensar en visitar todo cuanto habia digno de verse en el Cairo. Al salir del alojamiento ya estaba aguardándome un fellah que se me ofreció de cicerone, y lo acepté con gusto. En el hotel se habian hospedado casi todos los ingleses, entre ellos el hijo de lord Aberdeen, jóven elegante de gallarda figura que habia salido á viajar por gusto, y con quien hize amistad desde Alejandria. Al momento que vió que me preparaba para mi correría, me detuvo convidándome para que fuéramos todos juntos en gran caravana con algunas señoras que nos acompañarian. La idea me agradó, y mientras todos se alistaban me puse á entretenerme ojeando el libro que tienen en el hotel donde cada pasajero que llega apunta su nombre por mera curiosidad, y agrega el recuerdo que quiere.

Allí vi nombres de todas partes, los ingleses abundando como los mas amigos de viajar. Casi todos han pintado la bandera de su nacion, y se han contentado con poner su nombre, la profesion que ejerce y el lugar de su destino. Observaré que no encontré ni un solo individuo de Sur-América. Yo puse á mi turno : « N. N... *natural de Santa Fé de Bogotá, en la América meridional, se dirige á la China.* »

A pocos momentos, y á la voz de *all ready*, de mi amigo, listos todos, salimos al portal mas de veinte personas, y allí se volvió á presentar otra escena por el es-

tilo de la de Alejandria con los impertérritos muchachos de los burros. Habria lo ménos cuarenta, cada uno con su correspondiente animalito de cabestro, que nos aguardaban allí, y habian estado haciéndonos la centinela desde que llegamos. Sabido es que en Oriente este es el modo de transitar, y nadie se avergüenza, aunque sea el personaje mas distinguido, de estrechar con sus piernas los pacientes borriquitos.

En un instante nos rodearon dejándonos prisioneros á todos los paseantes dentro de un círculo asnal; como habia mas borricos que viajeros, cada muchacho se echaba sobre nosotros para disputarse la presa; á las señoras inglesas las agarraron por las cabezas; les rompieron todos los trages, y fueron las primeras á quienes montaron por bien ó por mal; cada uno de nosotros, despues de haber recibido infinidad de besos de los dichos vehiculitos, eligió por fin el suyo; pero estabamos aguardando á que acabaran de reñir algunos de los compañeros que no teniendo calma repartian, á diestro y siniestro, latigazos á los conductores. En esto oigo del balcon que me gritaba una voz: « ¡Chico, olá chico! yo tambien quiero ser de la partida. ¡Vive Dios, no nos quedaremos por burros! » Era mi don Toribio, el célebre *fundatore delle fortificazioni*, que no se me queria despegar. Bajó, logró pertenecer á la comitiva é inmediatamente nos pusimos en camino. Ya dos fellahs, que no habian querido esperar, por pronta providencia cargaban con dos señoras, las cuales galopaban por la calzada que era un gusto, con el trage hasta la rodilla, y ostentando los buenos efectos del *roast-beef* británico.

A los pocos minutos de tumultuoso trote, y de atra-

vesar un laberinto de calles, entramos por los curiosos bazares. Yo supliqué á los compañeros que hicieran un pequeño alto, pues deseaba hacer algunas compras en una tienda; mi vestido era mas á propósito para pasear por los boulevares de Paris, que para atravesar los arenales del Líbano.

En Oriente los bazares son el centro de todos los negocios, el foco del comercio; el lugar donde se discuten las cuestiones políticas, se forman las conspiraciones. Son á la vez los clubs y las lonjas. Un bazar oriental es una gran calle que conduce generalmente al centro de la ciudad; es la arteria principal por donde corre todo el torrente de la poblacion activa. Se subdivide en multitud de pasages ó galerias, el techo cubierto con caprichosos toldos por donde apénas penetra la luz; sumergiéndolos por consiguiente en una media oscuridad que agrada. A los lados no se ven mas que tiendas, *sooks* que llaman, con espaciosos *wekalehs* y *khans*, especie de almacenes para guardar las mercancías. En una de estas tiendas, donde estaba un mercader que de fijo habria venido de Constantinopla, fué que me bajé á proveerme de lo que necesitaba, y miéntras me alistaba los pantalones bombachos y el turbante, me puse á contemplar la gente que pasaba. ¡Qué mosaico de tipos tan raros y diferentes! ahora eran turcos vestidos de estrechas levitas y el gorro rojo con su borla; ahora *fellahs* desnudos, cubiertos apénas con una gran blusa azul; ahora *beduinos* venidos de Libia envueltos en frascadas parduzcas, y con los piés todos cubiertos de trapos atados con cuerdas; ahora los *abaddieh* que no usan mas que unos pantalones muy anchos, con

una gran melena toda embadurnada de sebo; ahora *ar-nautas* con sus fustanes, sus chaquetas coloradas, la espada al cinto, y un gran bigote con las puntas vueltas y muy peinadas; luego venian *árabes del Sinaï*, cubiertos de harapos, sin abandonar la cartuchera nunca; *negros de Sennaar* con las figuras mas feas; *moghrebinos*, naturales del Norte de Africa, envueltos en sus mantas; *abisinios* con su airoso turbante azul; *habitantes del Hedjaz* con paso grave y semblante respetable, calzando la ligera sandalia, y arropados con una especie de capa encarnada, los *whabis* cuya existencia es misteriosa, y que son los sostenedores de la religion en Oriente. De cuando en cuando era un *santon*, completamente desnudo, que se presentaba entonando en tétrica voz su profesion de fé; otras veces eran algunos europeos que pasaban con aire admirado y como plantas exóticas, miéntras que á su lado iban montados sobre burros unos bultos negros y blancos que son las mugeres del Cairo; despues alguna *fellahina* se veía á pié, toda tapada con un enorme pañolon de tafetan negro (*habara*) arrastrando hasta abajo, que apenas deja descubrir las puntas torcidas de las chinelas amarillas que usan; quise observarla bien la cara, pero la muy desdeñosa no dejaba ver mas que un ojo, que era á su turno el que le servia á ella para ver por donde andaba; se cubren toda la cara con un pedazo de linon blanco que llaman *bourko*, amarrado por detrás con cordones como las máscaras. Cuando un turco ó árabe hace algun juramento, ó declaracion de amor á una de estas melindrosas damas se expresa así: « Juro por la pureza de tu *bourko*, » que naturalmente será lo mas sagrado que tendrán. En fin, al frente en una tienducha,

estaba sentado sobre el mostrador un judío cambista de moneda al lado de su gran caja de hierro abierta ; tenia el pelo rojo, vestido pobremente con un gran turbante negro. Todo el conjunto era la baraunda mas grande ; cada minuto me presentaba un cuadro, un panorama diferente ; era el mundo en miniatura.

La comitiva se habia impacientado aguardándome, y ya se hallaba un poco léjos. Me disfracé pues lo mas pronto que pude ; monté en mi borriquillo, le prendí los talones y en un momento la alcancé. Nos dirigiamos hácia la mezquita del sultan *Hasan*, la mejor del Cairo.

No tardamos en hallarnos cerca de la ciudadela y al entrar en la plaza de *Roomaylee*, alcanzamos á ver la mezquita que se levanta con sus hermosos minaretes en la esquina. A los pocos minutos llegamos, nos desmontamos y amarramos en un gran patio los borricos. La fachada es soberbia, toda llena de adornos de mármol de todos colores, trabajada con pureza de estilo, y una gracia y finura en los detalles que admira.

Al entrar se ve un gran claustro con multitud de columnas y en el centro una gran fuente. Al lado izquierdo está el gran pórtico de la mezquita, y en el dintel de la puerta estaban sentados dos árabes que nos detuvieron, y á mí el primero pues me apresuré á entrar. Era para quitarnos el calzado y amarrarnos unos trapos en los piés ; yo le pregunté al cicerone para que era eso, y este me contestó en inglés : « Vms. cuando entran en sus templos se quitan el sombrero ; y nosotros, por la misma razon, en signo de reverencia, nos quitamos los zapatos. »

El interior de una mezquita no tiene nada de parti-

cular : un gran salon ovalado, el suelo de mármol, multitud de columnas, infinidad de faroles y arañas de cristal colgando en el centro, grandes ventanas con preciosos vidrios de colores, y allá en el fondo un gran hueco ó sea nicho donde generalmente están los altares en nuestras iglesias y que es donde rezan volteados hácia la mesa. No he visto nada mas sencillo; es el refinamiento de los templos protestantes.

En el Cairo hay varias mezquitas, lo ménos ciento; pero las principales son : esta del sultan *Hasan*, la de *Emir-Kour*, la de *Selti-Zayneb*, la de *El-Mouyed*, de *El-Azhar*, la de *El-Moristan*, la de *El-Haken-el-Obeidy*, la de *Touloun* ó *Teyloun*, etc. La primera que acabo de describir ligeramente, se considera como la de mejor arquitectura, y en materia de templos musulmanes dicen que solo la de Omar en Jerusalem la iguala.

Al salir los guardianes nos tendieron la mano para que les diéramos algo, una gratificacion, lo que ellos llaman el *backsish*, palabra que se oye con mucha frecuencia en estos países. Reparé que estaban ciegos, desgraciados que abundan en Egipto extraordinariamente. Parece que la *ophthalmia* se produce ó proviene de la refraccion constante del sol en los arenales, del polvo que se levanta, y sobre todo de la transicion ó cambio que se experimenta al pasar de la atmósfera seca á los vapores húmedos y exhalaciones del Nilo.

El cicerone nos condujo á ver las tumbas de los sultanes mamelucos. Hállanse estas situadas en un gran llano célebre en la historia por haber sido el sitio que presencié la caída de la dinastía de mamelucos circasianos, y la conquista de Egipto por los turcos. Las tumbas

forman un grupo ; pero están muy separadas unas de otras ; la del centro es la que se erigió en memoria del sultan El-Ghoree, último que fué de los miembros de esa raza de príncipes militares, y que murió en Siria en el campo de batalla peleando contra *Selim*. *Toman-Bey* habia sido electo para ocupar el puesto del desgraciado *Ghoree*, y no tardó este gefe valiente en salir al encuentro de los turcos, y en marchar directamente sobre el Cairo por las llanuras de Heliópolis. Aquí trabóse descomunal, pero decisivo combate en que trocóse la suerte de los mamelucos, marchitándoles de un solo golpe los laures que segaron en sus anteriores victorias. Derrotados fueron completamente, y su gefe que intentó huir cayó prisionero y fué conducido inmediatamente al Cairo donde sufrió en *Bab-Zosaylch* la pena reservada solo á los insignes malhechores. Desde entónces se acabó el prestigio de la aristocracia mameluca ; apénas quedaron ocupando un puesto muy subalterno, pero nunca perdian el orgullo que les hiciera nacer sus anteriores proezas. No les duró mucho empero, y hasta esto que era lo único que les quedaba lo perdieron rompiendo sus lanzas y estrellando su famosa caballería contra los formidables cuadros franceses en la batalla de las Pirámides. Mehemet-Ali acabó de anularlos, y ya no queda de ellos mas que un nombre en la historia y las tumbas de que estamos hablando.

Son estas poco mas ó ménos iguales en construccion, y el estilo de arquitectura exactamente el mismo : un edificio cuadrado con pequeñas ventanas, encima de las cuales se levantan cúpulas hermosas, cosa que falta á la arquitectura gótica. Todo guarda una proporción admi-

rable, y cada una tiene infinidad de labrados y adornos arabescos del gusto mas exquisito. La arquitectura saracena ostenta una combinacion geométrica extraordinaria, que es justamente lo que la caracteriza y distingue de la gótica; no tiene, es verdad, el aspecto imponente y sombrío que esta última; pero no hay duda que le sobrepuja en gracia y simetría.

La mayor de todas las tumbas es la de *El Ashraf Aboo-l-Nusr-Kaitbay e Zaherée*, el décimonono sultan, y es tambien la mas rica y hermosa. Tiene un minarete bellísimo con tres balconcitos que van disminuyendo proporcionalmente hasta la cúspide; la cúpula ó media naranja, es lo mas lindo por la curiosidad de los detalles, la delicadeza del trabajo, el arte, las graciosas proporciones que guarda. El conjunto todo produce la triple impresion de gravedad, originalidad y elegancia; no es posible ver esta combinacion singular, sin experimentar un sentimiento de placer, sin inspirarse por la imágen de lo grandioso y de lo bello.

Al regreso entramos por la parte vieja del Cairo, y visitamos algunos edificios. Sabido es que esta parte ha merecido que se la llame la Babilonia egipcia: está llena de recuerdos. Visitamos el cementerio de los judíos que se haya junto al de los árabes, y no tiene nada particular; luego la iglesia dedicada á san Sergio. Es esta una miserable capillita, sin mas adorno que unas pinturas griegas de mala muerte. En el fondo de la iglesia está el lugar donde se refugió la Santa Familia cuando venia huyendo. Un sacerdote copto nos mostró todo con la mayor minuciosidad, y nos hizo las correspondientes explicaciones. Yo le pregunté hasta dónde habian ido

Jesus, María y José, y él me contestó que hasta la montaña que está enfrente de *Girgeh*.

Agobiados por el calor, y cansados ya de andar en diferentes direcciones, regresamos al hotel dejando contratados nuestros borriquitos para el día siguiente muy temprano, pues pensábamos hacer una correría muy interesante.

Los alrededores del Cairo tienen multitud de lugares curiosos que debe visitar el viajero; los mas agradables son Lhonbra, Rodas, Heliópolis y las pirámides. El vapor de la compañía oriental aun no se habia señalado siquiera en Suez, teníamos pues un día mas, y los destinamos para el paseo á Heliópolis y á las pirámides. Todo hubiéramos querido visitarlo; pero no es posible en el corto tiempo con que contábamos, pues hay que ver todo muy despacio, escoger las horas mas frescas del día, y no exponerse mucho al sol cuyos rayos tienen una fuerza terrible.

Empezamos por visitar Heliópolis primero, reservándonos las pirámides para lo último como lo mas interesante. Por la misma razon que era lo que mas ansiábamos ver, teníamos como temor ó respeto de acercarnos á estas misteriosas centinelas del desierto, y queríamos que las impresiones que nos causaran fueran las últimas que lleváramos al dejar esté sagrado suelo.

Dista Heliópolis del Cairo como dos leguas á lo sumo, distancia que en un buen caballo se andaria en poco mas de una hora; pero en los prudentes y mesurados borriquitos se emplea mas de cuatro horas bien fastidiosas. Se atraviesa por uno de los arrabales, y el *Bab e Nusr* por en medio de alamedas sembradas de graciosas

acacias. Pasóse despues cerca del cementerio de *Kaitbay*, donde está enterrado el célebre Melek-Adel, hermano de Saladino. Continúase por despoblado sin ver mas que arenales hasta que se llega á un gran pozo ó aljibe, que se halla á la sombra de limonales, palmas y sicómoros.

Fué á la sombra de uno de estos últimos árboles que se sentó á descansar la Santa Familia, segun la tradicion, y ántes de proseguir en su fuga mitigaron un tanto la sed bebiendo el agua de este pozo. El punto es precioso, y sea por los recuerdos que inspira, le parece á uno que no está en este mundo, sino en un pequeño paraíso. Los pajaritos del desierto se balancean en las trémulas ramas de las palmas, y con sus encantadores trinados y gorgeos acaban de trasportar al viagero hácia las regiones celestiales. El tronco del árbol traído aquí por Cleopatra desde los célebres jardines de Jericó, se halla todo con muescas y nombres de peregrinos. ¡Cuánto nombre memorable! Con mano trémula, yo imité el ejemplo, y puse en letras grandes : *N. N. peregrino americano*. ¡Quién sabe si al escribir este renglón no puse mi mano en el mismo punto donde María apoyara, con el niño en los brazos, sus sienes virginales, su sagrada frente! ¡Oh, si esto hubiera sucedido yo me consideraria mas feliz que Chateaubriand, Lamartiné, Pococke y todos los viageros del mundo! Por primera vez en mi vida he besado mi mano; solo por esta sagrada ilusion, y tal me parecia que respiraba el suave perfume de la castidad, el aroma del cielo!...

Este sitio se llama el Jardin de *Motarieh*, y es uno de los mas visitados de Egipto. Dícese que es aquí donde

vienen todos los años los coptos á rezar, y cumplir sus promesas.

A los diez minutos entrabamos en *An-Chems*, la antigua Heliópolis, reducida hoy á ruinas. Esta ciudad que ocupa una superficie de poco mas de media milla cuadrada, llamada en otro tiempo la ciudad del Sol, y verdadero sitio y foco de la sabiduría egipcia; aquí existió un famoso colegio dirigido por unos padres, y donde estuvieron instruyéndose trece años Heródoto y Platon; fuí aquí que este último aprendió la doctrina de la inmortalidad del alma, y mamó los principios de penas y recompensas en la otra vida en que se apoya su filosofía.

Por lo que toca al punto de Heliópolis y su situacion, parece haberse escogido las colinas que miran á los lagos que comunican por canales con el Nilo; no se ven mas que palmas, y uno que otro pequeño arbusto, dátiles, acacias, etc. En el centro está un obelisco que se dice es contemporáneo de José, por el nombre de *Osirtescen I*, que tiene, y por consiguiente es uno de los monumentos mas antiguos de Egipto. *Osirtescen I* fué el hombre mas distinguido en los anales de la historia de Tebas; fué el quien fundó el templo de *Karnak* y otros grandes monumentos.

Algunos historiadores opinan que Moises permaneció mucho tiempo en Heliópolis, y que fué aquí donde adquirió la sabiduría de los egipcios, y concibió el pensamiento de libertar á su pueblo. Creen igualmente que fué dentro de sus muros que Jeremias escribió sus Lamentaciones. Sea de esto lo que fuere; el hecho es que difícilmente se encontrará un punto en pueblo alguno

que encierre tanto recuerdo histórico, y que en tan corto espacio halla abrigado en su seno tanto nombre célebre de la antigüedad.

Al cabo de un cuarto de hora ya nada nos quedaba que ver en Heliópolis. Esta clase de puntos pronto se visitan y su principal mérito estriba en lo que no se ve; en lo que existió, y ha desaparecido para siempre. Ponemos nuestra planta en ellos porque hacen pensar, por amor propio; porque pocos hombres logran el placer de visitarlos; pero lo que es la vista pronto se satisface.

Y henos ya pues listos para visitar las pirámides; pero dudosos si nos regresaríamos al Cairo, y emprenderíamos la excursion muy temprano, ó si pasaríamos la noche en *Ghizeh*, y á la mañana siguiente gozar del espectáculo soberbio de ver salir el sol desde la cúspide de la pirámide mayor. Algunos se decidieron por el primer plan; yo preferí el último como el mas poético, y sobre todo por ser el mas seguro. Era muy probable que al dia siguiente temprano, supiésemos que el vapor habia llegado á Suez, y por supuesto tendríamos que partir talvez por la tarde. Temia engolfarme en los sitios misteriosos del Egipto; olvidarme, embebido en los recuerdos de la historia, que tenia que continuar un penoso viage, y que era preciso que no fuera á perder mi pasage. Esto me hubiera causado una detencion de un mes, lo cual me perjudicaba extraordinariamente.

Despues de prepararnos con algunas bugias y un *fiambre*, compuesto de pan, queso y carne, partimos. Por lo que tocaba á lo demás, confiábamos en que los árabes que están por las vecindades nos lo proporcionarian, y lo que era cama ya tendríamos algunas excavaciones de

tumbas, en donde trataríamos de dormir con la intención de despertar.

Nos pusimos pues en camino en una de esas tardes en que no sopla el menor viento, y reina un calor y un polvo que parece que ahoga al viajero. El aire que se respiraba creeríase que salía de la boca de algun grande horno, y la atmósfera parecía incendiada. Al cabo de dos horas de galopar, llegamos á *Gisek*, despues de atravesar el Nilo en el viejo Cairo, por un punto plagado siempre de vendedores de legumbres y frutas. No bién nos alcanzaron á descubrir los beduinos cuando se nos vinieron encima á importunarnos ofreciéndonos sus servicios para guiarnos. Con mucho trabajo pudimos librarnos de esta plaga, una de las siete, seguramente, de Egipto. Al llegar al sitio que nos iba á servir de dormitorio, hablamos al *sheik*, especie de gamonal en el caserío, para que nos contratara dos buenos árabes que nos acompañasen, y para que nos ayudaran al dia siguiente á subir á la pirámide mayor. Proseguimos nuestro camino : la luna iluminaba con sus pálidos rayos el inmenso desierto, parecia que andábamos sobre olas de oro en polvo, que se iban á estrellar contra el horizonte. Éramos tres los que íbamos; el mayor silencio reinaba por todo aquel espacio, imagen del infinito; apénas se oían de cuando en cuando las pulsaciones de mi corazon que latia á fuerza de emociones. Así íbamos andando paso entre paso, sin articular palabra, cuando de repente se presenta un fantasma, una especie de aparicion magestuosa; al ver esa colosal figura compuesta de una gran cabeza y de unos hombros anchos, mi primera impresion fué de miedo y retrocedí

involuntariamente. Era el Esfinge que teníamos enfrente, el *Abulhol*, como lo llaman los árabes, el *Padre del terror* y de la inmensidad.

Pronto nos acercamos, y al favor de los rayos de la luna lo contemplamos perfectamente. Enterrado hasta el pecho, roído por los años, desfiguradas las facciones de intento, con la espalda vuelta hácia el desierto, y la cara hácia el rio, parece la estatua de los siglos; ¡la imágen de la serenidad! ¿Qué cosa es esa mole de piedra, ese espectro que se levanta en medio de esta soledad? ¿Qué hace ahí, cincuenta siglos ha, este monstruo misterioso en medio del desierto? ¡Cuántos no han dormido á su sombra! Desde Faraon para acá, los etíopes, las persas, los romanos, cristianos del Bajo Imperio, conquistadores árabes, fatimitas, turcos, mamelucos, franceses, ingleses, americanos, etc. Todo ha desfilado delante de él: tiempo, naciones, religiones, costumbres, leyes, todo, todo. Impasible, muda centinela del desierto líbico, no se inquieta por la suerte del mundo. Cada suceso histórico ha herido sus largas orejas; cada enigma de los hombres se ha estrellado contra las mejillas de este símbolo de la eternidad.

La cabeza del Esfinge es estupenda, y, según Plinio, tiene de circunferencia ciento dos piés. Supónese que Tholmes III^o fué quien la erigió, pero esto no tiene mas fundamento sino que el nombre de su hijo se halla inscrito en ella, así como el de otros monarcas.

Después que pasamos largo rato contemplando está maravilla del antiguo mundo, volvimos á nuestro dormitorio, ó mejor dicho al refugio nocturno. Allí tomamos unas galletitas, dímos orden á los guías para que

nos despertarán muy temprano, y tratamos de pasar la noche del mejor modo posible. Fieles á lo que les encargamos, muy temprano nos despertaron los árabes y al momento fuímos á visitar la pirámide principal. La mañana estaba deliciosa ; aun no habia salido el sol, y corría una brisa fresca y suave, como las impresiones que nos dominaban. Cuando se está pronto á contemplar las maravillas de la humana creacion, sucede exactamente lo mismo que con las de la naturaleza : se llena el hombre de una cierta timidez proveniente del sentimiento interno de su miseria y pequeñez. Sucede igualmente, que hasta que no se llega al pié de ellas no se puede formar una idea exacta de sus colosales dimensiones y estupenda magnitud. ¿Quién al oír de léjos el sordo rugido causado por las aguas que se precipitan por las enormes peñas del Niagara ó del Tequendama, pudiera imaginarse su volúmen hasta que no se acerca, y vé el torrente que á manera de copos de nieve se convierte en vapor por la fuerza que lleva ? Cuando está el viagero cerca, es cuando tiene una especie de unidad para juzgar de las dimensiones, y entónces se siente anonadado. Lo propio acontece con las pirámides ; al lado de ellas es que se convence uno del portento, de su solidez, de la altura, cuyas cúspides tal parece que penetran en el cielo. Con la ayuda del *fellah* subí á la cúspide de la primera pirámide, no sin un poco de miedo ; pues es una operacion que requiere práctica y cierta agilidad. Otro de los compañeros, el inglés del *shocking* quiso imitarme sostenido por el otro guia ; pero era tan torpe que no atinaba á poner el pié donde debia, y así fué que cuando ya estaba cerca del centro adonde habia alcanzado á duras

penas, rodó como una bola arrastrando consigo al pobre guia. Afortunadamente otro amigo le contuvo abajo; que si no, de seguro se mataba.

¡Qué vista tan magnífica! ¡Qué espectáculo tan prodigioso! A lo léjos lindando con el desierto se alcanzaba á divisar el valle como una línea verde, cuya fertilidad es tan grande: ¡la vida al lado de la muerte! Al este, del otro lado del Nilo, una ligera nieblina cubre las montañas. Poco á poco se forman pelotones de niebla, todo se cubre semejando un campo de terciopelo blanco, hasta que de repente aparecen unas listas de carmin brillantes; el color cambia en atornasolado, y el astro del dia se levanta magestuoso por detrás, encima de la montaña como un globo de fuego. Apénas la luz brilló, disipóse la nieblina, y las aguas de la inundacion se veían deslizar lentamente como un manto de brocado plateado que arropaba los campos. El humo de las chozas árabes salia en columnas, y el tétrico canto matinal del *fellah* que se levantaba, mezclado con el ahullido constante de los perros, y el bramido del ganado; formaba un rumor confuso, casi indistinguible que venia á morir á mis oidos hasta mi encumbrado puesto. Del lado del Líbano no se veían mas que torbellinos de polvo formados por el viento, y una que otra *aura* sobre la pirámide de *Chéphrem*; al sur se presentan las pirámides de *Sak-karah*, bañadas de luz hasta la mitad y la otra parte sumida en sombras, que producen un contraste admirable. Las demás pirámides parecen inferiores, y el Esfinge, mirado desde aquí, casi insignificante.

El conjunto de todo esto presenta una vista tan imponente, tan rara, tan nueva, que es imposible pueda pre-

sentarse otra igual en ninguna parte del mundo. Todo despierta mil ideas grandes, todo admira y exalta la imaginacion; todo agrupa en torno del espíritu mil pensamientos nobles y grandiosos. El hombre se olvida de cuanto hay, abandona las miserias de la vida, y no piensa mas que en elevar sus preces al Creador. Se identifica con la sublimidad de los elementos que tiene en torno; respira la atmósfera de los siglos, y al contemplar los monumentos de la naturaleza y de los hombres, se remonta á los cielos. ¡Oh! sí; cuando yo me vi en la cumbre de la pirámide, el mundo me parecía tan pequeño como los granos de arena que tenia á mis plantas; me consideraba superior á los demás seres, y al extender mi brazo sobre la superficie de la pirámide, creí que habia pulsado la civilizacion antigua, y abrazado la humanidad!... Tal me parecia que habia tocado el corazon de las naciones primitivas, que sentia sus palpitaciones y látidos; sus dolores, sus sufrimientos al nacer, sus gritos al verse esclavas, sus ayés al perder su religion y leyes; que les veía desaparecer de la tierra para hundirse en la noche de los tiempos!... Es uno de los momentos supremos de mi vida, en que he sentido impresiones, que jamás podrá describir mi tosca pluma.

Despues de grabar mi nombre, imitando á los otros peregrinos, bajé á unirme con los demás compañeros. No soy yo quien crea que esta costumbre de poner los nombres en esta clase de monumentos sea buena; no hace mas que echarlos á perder poco á poco, y, por ceder á un impulso de la vanidad, profanar las reliquias de la historia. Los ingleses particularmente son muy amigos de hacer esto, y les gusta que su nombre

vuele por el orbe entero. Yo no pude resistir á la tentación; pero al ménos tengo por excusa que soy el primer americano que he subido á la pirámide, y bueno es que conste que tambien existen en el mundo de Colon quienes han visitado el antiguo, y contemplado sus ruinas y monumentos.

Luego visitamos el interior que es ménos expuesto, y no deja de ser tambien muy interesante. La entrada se efectua por un agujero que se halla á cuarenta piés del suelo, y con mucho trabajo, volándole á uno por la cabeza los murciélagos, hasta llegar al subterráneo. Los guias llevan velas encendidas miéntras se practica este pasage, que es el único que ofrece molestia por lo pendientes que son las escaleras. Éntrase en la galeria, y por un pasadizo se penetra al punto que llaman el *Cuarto ó aposento de la Reina*, donde está un sarcófago, y cuyas paredes son de granito; en una esquina hay un nicho, todo hecho pedazos por los árabes que se han puesto á buscar santuarios. Algunos sabios creen que el cuerpo de algun rey debe hallarse enterrado detrás de este nicho. Despues se sube á una altura de ciento y cincuenta ocho piés, y se llega á un corredor horizontal que conduce á la pieza principal de este misterioso edificio, es decir, al *Cuarto del Rey* todo de granito rojo, y teniendo en medio el sarcófago. Este es muy sencillo, colocado sobre una gran piedra, sin adornos, geroglíficos ni inscripcion de ninguna especie. Mas arriba hay otra pieza, descubierta segun dicen por un tal M. Davidson, pero que no tiene nada de particular.

La segunda pirámide, obra que se ha achacado á Cefrenes, se parecè mucho á la de Cheops, solo que es

mas antigua. Levántase sobre un terreno mas elevado, y así es que al primer golpe de vista se presenta casi tan alta como la primera, lo cual no es ni con mucho; el interior tambien varia en la distribucion. Segun la opinion de M. Lepsius, sabio aleman, los restos del que la construyó deben hallarse enterrados en el suelo, y no colocados en el centro de la pirámide. Fué Belzoni el que descubrió la entrada en 1818, y asegura haber encontrado huesos y quijadas de buey dentro de un cuarto. No sé que grado de veracidad tenga esta asercion.

La tercera es mucho mas pequeña que las otras dos; pero de construccion bellísima. Es un hecho averiguado y probado que es obra de Mycerinus ó Mencheres, sucesor de Chéops y Chephem. Tiene multitud de señales de martillos y formones que la han deteriorado mucho. Dícese que el hijo de Saladino, Malek-el-Azez-Otsmanben-Yousouf, tuvo la idea de destruirla; que al efecto empleó multitud de gente que estuvo durante ocho meses ocupada en este capricho bárbaro, y que cansados al fin por la dificultad de la empresa, la abandonaron y dejaron de mano. Los árabes le dan el nombre del *Monumento de la Hija*, haciendo referencia quien sabe á qué incidente de la historia, ó de sus leyendas.

Además de las pirámides principales hay otras, pequeñas en comparacion, que se levantan como chiquillos cerca de sus amas, y que eran el complemento de la admirable necrópolis de Menfis. Ahora tiempos dicen que habia otras; pero que las destruyó el ministro de Saladino, Caragheuz, y que con los materiales que se sacaron construyéronse la ciudadela del Cairo, las murallas y el acueducto que lleva el agua del Nilo al Mo-

kattam. Júzguese por esto de la inmensidad de ellas.

El tiempo nos apuraba y era preciso volver al Cairo para informarnos de la hora de la partida para Suez. Al efecto nos preparamos, y despues de distribuir algunas monedas á los beduinos que nos alargaban las manos pidiendo el *backsish*, ó gratificacion de siempre, montamos en nuestros borriquitos y regresamos.

Por todo el camino iba yo meditando en las pirámides, cada instante volteaba á mirarlas, no estaba cansado de contemplarlas, no cesaba de preguntarme interiormente: ¿Para qué se levantarían, por quién, y cuándo estos misteriosos monumentos? Creo que no habrá viagero que las haya visto, á quien no se le hayan ocurrido estas preguntas; pero creo igualmente que muy pocos habrán encontrado la respuesta satisfactoria. Todas las soluciones que hasta ahora sea ha creído encontrar á estos problemas y enigmas de los siglos, son aventuradas; todo se vuelve dudas, conjeturas, suposiciones. Los unos creen que están allí desde ántes del diluvio universal; otros que el que las construyó fué Noé, para favorecerse en caso de un nuevo diluvio; muchos que son obra de los cautivos israelitas; los árabes, que las llaman el *heramat* (vejeces), opinan que están ahí ántes que Adán, y que las construyó un tal *Gian-ben-Gian*, rey universal del mundo. Segun la tradicion de los drusos, Dios mismo las edificó, y guarda dentro de una de ellas el gran libro donde se inscriben las acciones de cada criatura, y que se consultará el dia del juicio final; Yeates cree que se fundaron con la torre de Babel y con la mira de aplicarlas al mismo objeto; algunos que son templos levantados en honor de Venus; varios que eran

especie de observatorios astronómicos ; quienes que estanques inmensos para guardar y depositar las aguas del Nilo ; Anglure es de parecer que fué José quien las construyó para guardar trigo durante las siete años de escasez y hambre pronosticados ; el doctor Clark asegura que á José se le enterró en la pirámide de Cheops ; M. de Persigny que se levantaron con el objeto de impedir, detener y romper las nubes de polvo que se forman en el desierto, y sin las cuales hubieran sido tragados los pueblos que están entre ellas y el Nilo. Esta opinion es muy válida ; pero no parece tener un buen fundamento.

En fin, como he dicho, infinidad de explicaciones se han dado, pero ninguna satisfactoria ; los eruditos se han esforzado en dar con la palabra del enigma ; pero apenas han logrado formar conjeturas, y se han perdido en la oscuridad de los tiempos ; los fanáticos y amigos de creer en cuentos, tambien las han explicado á su modo. Los escritores griegos se han devanado los sesos ; pero nadie puede decir con fijeza el verdadero uso y objeto de la construccion de las pirámides.

La opinion del célebre Champollion ha venido despues de miles de años á prevalecer como la mas probable, y parece que al fin, ha arrancado á estas misteriosas deidades su verdadera historia.

Crée este sabio que fueron construidas para servir de sepulturas, que eran muchísimas : una porcion de mausoleos reales formando la necrópolis mas hermosa del mundo. Parece que el tamaño de cada pirámide estaba en proporcion con el tiempo que duraba el reino del que la mandaba edificar ; que se empezaba por colocar la tumba en una roca al momento que entra-

ban á reinar, y que desde entónces se continuaba colocando piedra sobre piedra hasta que moria, suspendiéndose entónces los trabajos, y dándose por terminado el monumento. Si se parte, pues, de esta idea, y se toma el número de soberanos de Menfis y el tiempo de sus reinados, claro es que ha debido gastarse en construir gradualmente las pirámides el inmenso período de *mil seiscientos años*!

Respetando la autoridad que sostiene esta opinion; no se puede ménos de confesar que tampoco llena y satisface completamente. Cualquiera que observe la construccion de la pirámide de Cheops, no podrá dejar de venir en conocimiento, que su autor, ó arquitecto, tuvo otro fin particular. ¿A qué esos pasadizos ó corredores interiores? ¿Para qué esos cuartos, y claraboyas por donde comunica el aire de fuera? No podemos concebir como todo esto pudo hacerse *gradualmente*, como debió ser, segun lo supone la teoría, por la acumulacion sucesiva de piedras, la última de las cuales se ponía al exhalar el monarca el último suspiro.

Yo me inclino á creer lo que me dijo el guia, como lo mas natural, y lo que mas concuerda con la razon: « Esos monumentos me decia, fueron hechos á fuerza de trabajo, poco á poco, por hombres asalariados por los soberanos, y con el objeto benéfico de dar empleo durante los meses de la inundacion del Nilo á multitud de brazos que no sabian en que ocuparse. »

Sea de esto lo que fuere, nadie podrá negar que pueblos que han levantado monumentos semejantes, habian llegado á un alto grado de civilizacion, que necesariamente debieron poseer grandes conocimientos, y tener

ideas muy adelantadas en muchos ramos del saber humano.

Ibamos *pian piano*, en conversacion seguida con mi buen guia por aquel inmenso desierto, hasta que entramos por las alamedas del Cairo, y á los pocos minutos volví á pisar el umbral del hotel.

El vapor se habia señalado en Suez, y ya en la oficina de la compañía peninsular y oriental se habian distribuido los pasajeros en dos caravanas : una que debia partir por la tarde, y otra por la noche. A mí me tocó por casualidad la última, y pude gozar algunos ratos mas de la preciosa ciudad del Cairo.

Una de las cosas que siempre habia deseado ver era un baño turco, tan afamados en todas partes del mundo ; así, el mejor modo de aprovechar las pocas horas que me quedaban me pareció ser el de ir á visitar uno de estos establecimientos.

Conducido por el árabe que desde mi llegada me habia servido de guia, á pocas cuadras del hotel entramos en un famoso edificio de elegante construccion, y que á juzgar por la soberbia hilera de columnas y la fachada que lo adorna, mas parecia el palacio de algun bajá, que una casa de baños. En Oriente, sin embargo, todos son así ; el aseo del cuerpo es uno de los primeros deberes impuestos por la religion, y los baños conservan todo aquel lujo y esplendor del tiempo de Grecia y Roma. No son simples establecimientos para lograr un gusto, sino verdaderos palacios para cumplir con un deber.

No ha faltado espíritus meticulosos que critiquen esta práctica como desarrollando el sensualismo, y hasta ca-

lificándola de pagana y anticristiana; dícese que después de la conquista de Granada hubo un fraile español que predicó varias homilías impugnando el uso de los baños turcos, y declarando herejes á los que se sirviesen de ellos.

Al entrar, pues, al edificio, lo primero que se encuentra es un hermoso cuarto, especie de pasadizo donde está el amo de los baños; allí se paga poniendo las monedas en una hermosa copa dorada, y si se tienen alhajas, como sortijas, prendedores, etc., también se entregan y se guardan en un precioso cofre. Luego se pasa á una inmensa galería en la cual se ostentan al rededor camitas de mármol, y en cuyo centro se halla colocada una graciosa fuente que lanza diversas plumas de agua sobre el mosaico del suelo. En contorno se ven varios jarros de exquisita porcelana, con flores y plantas que despiden deliciosos aromas.

Hizóseme subir á la segunda galería por una escalerita de madera, y mostróseme una cama; allí me senté, me quité mi ropa, y al momento dos *tellaks* me envolvieron la cabeza en una servilleta blanca en forma de turbante, luego el cuerpo en una gran sábana, de modo que parecia estatua egipcia. Se me adaptaron á los piés unos enormes succos, y así disfrazado y preparado hice mi entrada, apoyado en los dos hombres, á otro cuarto que tiene una temperatura mas elevada. Allí me aguardé algunos minutos hasta que me habitué un tanto á la atmósfera, y después fuí por grados preparándome al calor ántes de penetrar en el tercer cuarto donde la temperatura ya es de ciento veinte y cinco grados Fahrenheit. El pasar súbitamente del primer cuarto

á este último, seria una cosa peligrosísima, y que no se haria sin grave daño para la salud.

Yo no sé en que parte está el fuego, pero el agua que cae del techo como de una gran regadera, al momento se convierte en nubes de vapor blanco. Puede decirse con mas propiedad que son baños de aire que producen una traspiracion muy abundante. En seguida me colocaron en una tina de mármol que parece un sepulcro, y que está debajo de una cúpula formada de vidrios de color verde, y al través de los cuales penetra la luz. Allí empieza la primera operacion que consiste en una ligera frotacion hasta que la piel se cubre de sudor quedando como una botella de champaña por fuera cuando se coloca dentro de hielo. Una vez que ya todos los poros están abiertos, los árabes levantan á su hombre en peso, le plantan otra vez los suecos (pues de lo contrario se quemaria los piés, el suelo hallándose hirviendo), y lo llevan á un nicho como un santo varon. En este lugar se encuentra una pila de mármol con sus correspondientes llaves para sacar agua fria, tibia, ó caliente; el *tellak* se pone unos enormes guantes de cuero de camello con los cuales cepilla las espaldas y el cuerpo todo con un entusiasmo que lo deja á uno convencido de su habilidad. Luego viene la jabonada de piés á cabeza con la mano sin guante, la cual se completa con un diluvio de agua tibia. Concluida esta operacion se apoderan de la cabeza y la limpian perfectamente; por fin se desprende una catarata de agua fria, para impedir que la sangre suba al cerebro con motivo del calor y de la friccion.

Terminadas todas estas ceremonias me envolvieron en un lienzo, y cargaron conmigo para el salon, donde

me secaron bien, me cubrieron con un chal, me dejaron tendido en un divan, y me pusieron al lado una pipa, café, limonada y *brandi*. Yo me bebí la limonada que era lo que apetecía, y en lugar de quedarme acostado con la pipa en la boca, y medio chispado con una *buen turca*, como hacen los sensuales árabes, entregándose á sueños que les ofrecen castillos y doradas visiones, en lugar de todo esto, vestíme inmediatamente y salí; encontrándome tan ligero, tan sutil, en un estado tan grato, que me parecía estaba caminando por el aire.

Apénas tuve tiempo para comer precipitadamente y pagar mi cuenta en el hotel, pues los carruages ó *vans*, como llaman los ingleses, estaban á la puerta para conducirnos al través del inmenso desierto, y llevarnos hasta Suez. En la oficina de la compañía oriental habian distribuido los pasajeros que debiamos ir en la caravana; un empleado iba llamando á cada uno por su nombre, y colocándole segun la lista en el carruage correspondiente. Yo entré á mi turno en uno de ellos, y no bien estaba lleno, *complet*, segun la expresion francesa, partimos.

Son estos carruages lo más raro y poco cómodo que concebirse puede, especie de *omnibus*, de un tamaño igual á la mitad de los usados en las capitales europeas, ó de las diligencias españolas, no tienen mas que tres asientos muy estrechos de cada lado; dos ruedas solamente, y si á esto agrega el lector que son tirados por cuatro caballos ó mulas que van al escape, al chasquido del látigo de un bárbaro árabe, por aquellos arenales y pendientes, enterrándose las ruedas hasta el eje, ya podrá formarse una ligera idea tanto del vehículo como del movimiento desagradable que produce. A mí me tocó

sentarme, por fortuna, al lado de una señora alemana acabada de casarse en Europa, y que era compañera, según pronto supe, hasta la China. Digo por fortuna, porque mas valia ciertamente, ya que era preciso someterse á estar prensado durante treinta y pico de horas dentro del carruage, estar apretado por una desposada rubia, que por algun gordiflon hiperbólico. Por otro lado, esto tenía sus inconvenientes, pues yo trataba de que la presion se ejerciera sobre mi cuerpo del menor modo posible, retirándolo y contrayéndolo de una manera que me traía molestísimo, martirizado. Pero ¡esfuerzos vanos! Viajando no se puede ser político; todos estos son pequeños percances, y por mas que queria evitar el contacto no podia conseguirlo. Y allá á media noche cuando rendidos todos de fatiga y de sueño el carruage daba algun sacudon, nos *bamboleaba* de tal modo, que el costado derecho de la sajona coincidía en todos sus puntos con el izquierdo mio. El pobre marido, enfrente, hacia una triste figura, *cabezeando* continuamente, y acaso deplorando en sus adentros que le tocara en suerte pasar así los primeros dias del himeneo brillándole la luna de miel sobre las inmensas soledades del desierto líbico. Varias veces nos detuvimos en el curso de la noche para mudar y remudar las mulas, y al fin hicimos una larga parada de tres cuartos de hora para cenar. Hé aquí una de las cosas que no puede ménos de sorprender á todos : encontrar en estas soledades un hotel, posada hermosa como cualquiera de las de los Estados Unidos. Allí donde no se oye ni el canto de un ave, donde no se divisa mas objetos que uno que otro camello, allí se levanta un salon espacioso en medio del cual está una

mesa cubierta de manjares. Parece increíble, pero es un hecho, y una comodidad debida al inmenso tráfico con la India por el mar Rojo. Despues que cenamos y descansamos un poco, proseguimos la marcha, y al dia siguiente como á las once del dia llegamos á Suez. En este miserable punto estuvimos unas pocas horas y nos embarcamos inmediatamente á bordo del vapor *Bentinck*, de la Compañía Oriental, que nos aguardaba.

Estoy de nuevo embarcado, pero ya la parte mas pesada del viage la he pasado, muchas leguas me faltan todavía por recorrer, pero todas por mar en los vapores mas hermosos del mundo. Me hallo, digamoslo así, en el principio del fin, y esto un tanto me consuela.

Suntuosos son, en efecto, todos los vapores de la Compañía denominada Peninsular y Oriental cuyas oficinas principales están en Lóndres. En capacidad, en aseo, en comodidad, no hay nada que les iguale : los de las líneas de Callins y Cunnard que hacen la travesía de los Estados Unidos á Inglaterra son tal vez mas lujosos, pero no tienen las inmensas cubiertas ni el aire verdaderamente oriental de estos vapores. Ibamos mas de quinientos pasajeros para la India, los Estrechos y China, que es el último país en que tocan, y todos fuimos atendidos esmeradamente. Hay muchas cosas que sorprenden al que, como yo, se embarca por primera vez en dichos vapores : la tripulacion se compone de hombres que pertenecen á las cinco partes del mundo ; hay marineros africanos, malayos, del Malabar, chinos, ingleses, peloponeses, árabes, etc., todos los idiomas se hablan, parece que está uno en la torre de Babel. Otra cosa que llama la atencion es el modo de hacer la maniobra

exactamente como á bordo de un buque de guerra; jamás se oye un grito, una voz de mando; todo se hace con la mayor regularidad al toque de pitos por medio de silbidos. Las comidas son magníficas, y durante ellas una buena orquesta toca siempre diversas piezas. Y no es esto lo único de que se goza: siendo el calor abrumante, siempre están los *punkais* andando mientras está uno sentado á la mesa. Llámase así un instrumento puramente oriental, y que no hay parte donde no se encuentre desde que sale uno de Suez. Especie de inmensos abanicos para echar aire; consisten de un palo ó madera del largo de cada mesa suspendido del techo por una cuerda, á manera de un bastidor forrado en cualquier género blanco, y del cual cuelga un fleco ó arandelas; por la parte del centro pasa por encima de una rueda una cuerda que está tirando siempre un malayo para que se mueva constantemente el aparato y refresque, con las corrientes de aire que forma, las frentes de los pasajeros. Muy agradable es por cierto esta operacion por la cual se obtienen brisas artificiales allí donde el termómetro está siempre en noventa y mas grados de calor. Los dos primeros dias particularmente la temperatura estuvo insostenible; teniendo á derecha é izquierda arenales y desiertos, habia una calma abrumadora, no se respiraba siquiera. Nada valía el estar todos vestidos como palomas blancas, con nuestro turbante, y protegidos del sol y de la refraccion por toldos y cortinas; todo era inútil, no se movia nada, no habia el mas leve vientecillo; y si alguna vez soplaba alguna ráfaga, parecia provenir de una chimenea: era la bocanada de un horno, un bostezo del infierno.

Pero lo que es puramente peculiar á este viage, es el carácter religioso de que están revestidos los parages que va uno viendo y pasando por el mar Rojo. El primer dia me mostró el capitán el sitio por donde pasaron los Israelitas huyendo de Faraon. Poco estrecha es, comparativamente, la distancia que media entre las dos costas; pero sin embargo, ¡cuán portentosa parece la acción! Estas son de las cosas que pertenecen á la categoría de incomprensibles, la mente humana no es capaz de concebirlas, y no hay mas remedio que bajar la cabeza y creer. Si el hombre pudiera encontrarlas explicaciones materiales, cesarian de ser milagros y la obra de un Ser todopoderoso.

Al quinto dia de salir de Suez llegamos á Aden, punto miserable que pertenece hoy á los ingleses y que por consiguiente es una buena posicion militar, como es fácil juzgar. Era preciso que la Inglaterra tuviera una vanguardia en el mar de las Indias. En este puerto nos detuvimos seis horas, proveyéndose el buque de carbon y nosotros fastidiándonos. Es una roca árida, desierta, pues apenas hay unas pocas casas; las gentes se encuentran desnudas, con melenas rojas flotando sobre las espaldas, parece que está uno en un país salvaje, entre indios bravos, y efectivamente lo está el viagero. Al fin partimos y no volvimos á ver tierra hasta que ocho dias despues llegamos á Punta de Gala, á la isla de Ceilan.